

Reflexiones acerca de la muerte

Por ENRIQUE GUARNER
(Segunda parte)

EL cuento «La muerte de Iván Ilich» que León Tolstói escribiera en la primavera de 1884 constituye una descripción genial sobre las percepciones de un moribundo por un cáncer de estómago. Al parecer el escritor ruso se inspiró en la enfermedad final del hermano del biólogo Elias Mechnikov, quien había sido fiscal de los tribunales de Tula y que tuvo una gran amistad con el autor.

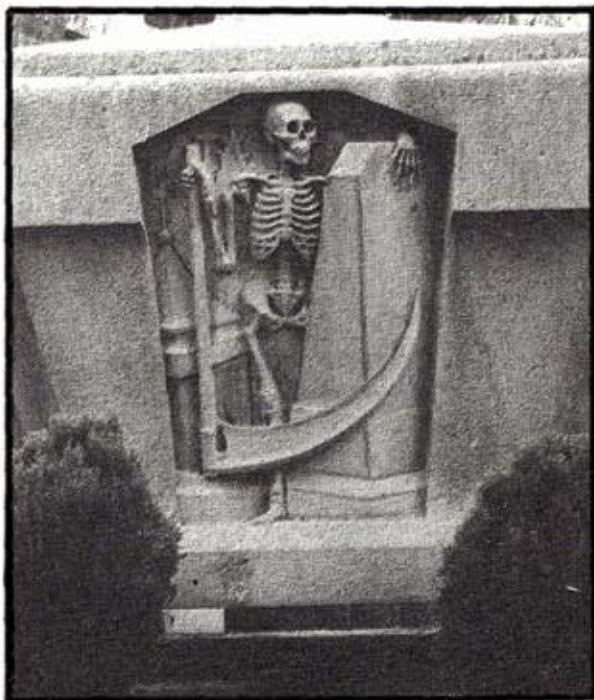
El breve relato se refiere a un hombre de 45 años con una vida llena de desilusiones que de repente sufre de un mal sabor de boca acompañado de una sensación desagradable en el lado izquierdo del vientre que ocasiona su amargura. Después de consultar a médicos distintos que le dan diagnósticos diferentes, Iván Ilich padece una recaída que describe de la siguiente manera:

«De pronto sintió el antiguo dolor que le era tan familiar, aquel dolor sordo, lento, tenaz y serio; y el mismo sabor de boca. Se le oprimió el corazón y se confundieron sus ideas: «¡Dios mío!, ¡Dios mío!... Otra vez lo mismo. Esto no cesará nunca». Súbitamente aquella cuestión se le presentó bajo un aspecto distinto. «¡El intestino ciego! ¡El riñón! No se trataba de ellos, sino de la vida y... de la muerte. La vida existe, pero he aquí que se va y que no soy capaz de retenerla. «¿Para qué engañarse a sí mismo? ¿Acaso no están convencidos todos de que me voy a morir y de que la cuestión estriba tan sólo en la cantidad de semanas o días que me quedan? Tal vez sea ahora mismo... Aquello era la luz y esto son las tinieblas. Entonces estaba aquí y ahora me voy allí. Pero ¿A dónde?» sintió frío y se le cortó la respiración ya no oía más que los latidos de su corazón.

«¿Cuando yo no exista, que habrá? Nada. ¿dónde estaré cuando pierda la vida? ¿Es posible que sea la muerte? No... no quiero. Iván Ilich se levantó de un salto y al buscar una vela con su mano temblorosa, le dejó caer con la palmaria; y volvió a echarse reclinando la cabeza sobre la almohada. «¿Para qué? Es igual», se dijo fijando los ojos en la oscuridad. «La muerte. Si la muerte y ninguno de ellos lo sabe, ni quiere saberlo, ni lo siente. A ellos les tiene sin cuidado; y sin embargo han de morir también. ¡Que tontos! A mí me ha llegado antes, pero tendrán lo mismo. La ira lo ahogaba. Experimentó una sensación insoportable y se dijo: «No es posible que todos estén eternamente condenados a este horrible terror».

La descripción de León Tolstói parece coincidir con los estudios de la psiquiatra Elizabeth Kubler-Ross, quien en su libro «On death and dying» investigó el proceso de la muerte humana. La autora observó 200 pacientes terminales que fueron entrevistados en cámaras de Gesell. Entre el auditorio había: médicos, psicólogos, trabajadores sociales, sacerdotes, rabinos y enfermeras. En ocasiones la persona tuvo que ser examinada en su cama y recibiendo atención terapéutica.

Kubler-Ross refiere que inicialmente su proyecto encontró todo tipo de resistencias y oposición debido a que un buen número de doctores y cirujanos pensaban que se trataba de una concepción sádica y traumática. La autora señala: «Súbitamente en el enorme hospital no había un sólo enfermo en período terminal y durante el primer año de trabajo se requerían más de diez horas para convencer a cada médico. Solamente colaboraban conmigo



los galenos jóvenes y algunas enfermeras. Para mi sorpresa fueron los mismos pacientes quienes buscaron ayuda. Algunos se mostraban curiosos de que escuchara lo que decían para saber lo que era morir. Sin embargo, una vez comenzada la conversación experimentaban alivio, compartían sus preocupaciones y expresaban con facilidad sus últimos sentimientos».

La aportación de Kubler-Ross constituye un intento por humanizar el proceso de la muerte. Parte de que no se le comprenda se deriva de que es negado y temido. Se le considera como un acto horripilante que tiene lugar como un castigo.

La misma tecnología descubierta por la medicina ha convertido al paciente en un objeto que carece de personalidad. Se ha abandonado la idea de que existe una «muerte natural» y se piensa exclusivamente en que se trata de una enfermedad, sin ver que la vida es un proceso con un desenlace final. En otras palabras, se toman toda clase de medidas para intentar curar un mal irremediable. Es por ello que el paciente es llevado a gran velocidad y en medio de sirenas al hospital. Allí se le hacen cientos de radiografías, electrocardiogramas, transfusiones, infusiones, etc., mientras los médicos discuten «el caso», en tanto que la principal persona involucrada ni siquiera participa en el debate. No es que se quiera que el moribundo pierda la esperanza, pero sí debe saber por respeto y dignidad que se acerca su fin y que no debe ser engañado. Tolstói tenía razón cuando hace que Iván Ilich exclame: «La mentira, esa mentira adoptada por todos, de que solamente estaba enfermo, pero que no moriría, que bastaba que estuviera tranquilo y que me cuidase para que todo se arreglara. Me constaba que por más cosas que hiciera no se obtendrían más que sufrimientos mayores y la muerte. Me atormentaba que nadie reconociera lo que sabían todos. La mentira, esa mentira que se decía la víspera de la muerte rebajando ese acto solemne con las visitas, las cortinas y el esturión en la comida. Y cosa rara, muchas veces cuando veía que trataban de se-

guirme engañando, estaba a punto de gritar: ¡Cesad de mentir!».

Periodos en el proceso de la muerte

Kubler-Ross ha encontrado cinco periodos o estados diferentes que preceden a la muerte. Ellos no suceden con una secuencia regular, sino que se presentan alternativamente y algunos pueden durar unas horas. Estas etapas son:

Negación: La primera respuesta del paciente es la incredulidad. La mayoría dice que el diagnóstico es equivocado y que no puede ser verdad, que se ha cometido un error o que se confundieron las radiografías o exámenes de laboratorio con los de otro paciente. Muchos consultan a multitud de médicos o curanderos buscando una conclusión distinta.

Esta negación es hasta cierto punto saludable para lidiar con el choque y la desagradable noticia. Generalmente funciona por un corto tiempo mientras la persona desarrolla nuevas defensas del yo, pero pocos pueden mantener la duda hasta el final.

Iván Illich nos dice:

«Aquel mismo mes consultó a otro médico eminente. Este dijo lo mismo aunque planteó la cuestión de otra manera. Su dictamen no hizo más que aumentar las dudas y el temor. Un amigo —un buen doctor— diagnosticó su enfermedad de un modo distinto. A pesar de que dijo que se curaría, no hizo otra cosa que confundirlo más».

Rabia. Una vez que se sabe que la enfermedad es fatal surge la pregunta: «¿Por qué yo». Es entonces cuando aparece la agresión, la envidia y el resentimiento hacia los que tienen salud. Esta hostilidad resulta difícil de manejar aunque como señala Kubler-Ross puede ser mejor que se dirija hacia afuera que contra uno mismo. Iván Illich describe:

«Se daba cuenta que esa ira lo llevaría a la tumba, pero no era capaz de dominarse. Al parecer debía ser evidente que su irritación agravaba la enfermedad y que no debía hacer caso de ningún hecho desagradable. Sin embargo, sus razonamientos eran contrarios; decía que la paz le era imprescindible y al mismo tiempo prestaba atención a todo lo que pudiera destruirla».

Ajuste. Kubler-Ross sugiere que esta fase puede ayudar al moribundo, porque se da cuenta al no poder obtener lo que desea por medio de la agresión, lo hace de una manera manejable. Durante este periodo se busca cumplir con las que quedaron pendientes y pueden, si las circunstancias lo permiten lograrse algunos deseos: el matrimonio de un hijo, el nacimiento de un nieto, la distribución de algunos objetos, etc.

En el magnífico libro de Cornelius Ryand «My last battle» se le diagnostica al escritor un carcinoma incurable de próstata y en el estado terminal de ajuste finaliza su obra «A bridge too far». En Iván Illich aparece el mujick que lo cuida Guerasim y su hijo se casa con Liza.

Depresión: En el periodo de separación de los objetos queridos y da lugar a una reacción melancólica. Kubler-Ross señala que frecuentemente la persona que está por perderlo todo no puede expresar su tristeza porque los que le rodean se lo impiden. A veces la depresión es vivida en forma silenciosa con pérdida de la autoestima y culpa. Tolstoi nos dice:

«En ciertos momentos después de los dolores deseaba —aunque le avergonzaba reconocerlo— que se apiadaran de él. Buscaba que lo acariciaran y le dieran besos, que lo mimaran como cuando niño».

Aceptación: En general durante esta fase el paciente está débil y fatigado; y su posición se vuelve conformista. Quiere descansar después de una larga jornada y realiza pocos esfuerzos. Tolstoi nos relata:

«Para Iván todo sucedió en un instante y su significado ya no podía variar. En cambio para los presentes su agonía duró aún dos horas. En el pecho le bullía algo y su cuerpo extenuado se iba estremeciendo. Luego los ruidos del pecho y los estertores se volvieron menos frecuentes.

—Ha terminado—dijo alguien.

Iván Illich oyó estas palabras y las repitió en el fondo de su alma. «Ha terminado, llegó la muerte, ya no exists».

«Aspiró una bocanada de aire se detuvo a la mitad de la aspiración, se estiró y murió».